

Apuntes sobre el devenir-revolucionario y lo (micro)político¹

Sección ESTUDIOS

RECIBIDO: 30/04/2022

APROBADO: 15/08/2022

PUBLICADO ONLINE: 14/12/2022

Alberto Pacheco Benites

Universidad Paris 8 Vincennes – Saint-Denis (Francia)

albertopachecobenites@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-7327-8738>

RESUMEN

Este artículo parte de lo señalado en una ponencia que fue presentada bajo el mismo nombre con motivo de los cincuenta años de la publicación de *El Anti-Edipo*. Por un lado, el texto busca dar cuenta de algunos conceptos o ideas que hacen parte del corpus conceptual político que constituye el trabajo de Félix Guattari y Gilles Deleuze. Para ello, en el primer acápite se expone una suerte de recorrido a través de la bibliografía, resaltando lo que resulta medular a intereses de lo que se propone luego. Por otro lado —y sobre todo a partir de algunos alcances del trabajo de Guattari— el texto plantea la tensión y las posibilidades para las articulaciones y emergencias políticas, alrededor de la producción de la subjetividad en nuestro contexto, lo que se desarrolla a lo largo de los acápite siguientes.

PALABRAS CLAVE: Filosofía política, capitalismo, sociedad postindustrial, teoría política, ciencias sociales.

Notes on the becoming-revolutionary and the (micro) political

ABSTRACT

This article is based on what was stated in a paper that was presented under the same name on the occasion of the fiftieth anniversary of the publication of *El Anti-Oedipus*. On the one hand, the text seeks to account for some concepts or ideas that are part of the political conceptual corpus that constitutes the work of Félix Guattari and Gilles Deleuze. To do this, in the first section a kind of tour through the bibliography is exposed, highlighting what is core to the interests of what is proposed later. On the other hand —and above all from some scope of Guattari's work— the text raises the tension and possibilities for political articulations and emergencies, around the production of subjectivity in our context, which is developed throughout of the following paragraphs.

KEYWORDS: Political philosophy, capitalism, post-industrial society, political theory, social sciences.

1 Este texto surge a partir de lo expuesto el día 4 de abril de 2022 en el marco del evento *La potencia política de Deleuze y Guattari, a cincuenta años de publicación de El Anti-Edipo*, organizado por el Departamento de Sociología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

«La autocrítica hay que hacerla siempre a la teoría y
la organización pero nunca al deseo»

FÉLIX GUATTARI – *Todos somos grupúsculos*

Aquí no se busca abrir una discusión en clave filosófica ni tampoco realizar un trabajo de elaboración conceptual a partir de lo propuesto por un libro o por sus autores. Tampoco se pretende *profundizar*, adjudicándose una posición distinta a la de cierta curiosidad que se anime (e invite) a tratar de *utilizar* esa obra. Se busca, más bien, *describir* y asimismo tratar de *articular* con ciertos instrumentos conceptuales paridos en «el entre» de Guattari-Deleuze, a luces de ciertas tensiones que arriban en nuestro contexto. Se procura dar cuenta brevemente de la potencia que radica en la *utilidad* de esos conceptos, en cuanto que herramientas que sirven *para algo*, despertando así —quizá— una similar curiosidad, sobre todo entre quienes puedan ser ajenos a la filosofía o al trabajo de estos autores y a su deriva política y filosófica.

A modo de entrada: croquis y notas sobre la lectura de un entramado

Algunos de los conceptos que son protagónicos en el aparato rizomático de la colaboración Guattari-Deleuze pueden ser encontrados con anterioridad a la publicación de *El Anti-Edipo* (1972), principalmente en varios de los textos de Guattari escritos a lo largo de las décadas de 1950 y 1960, recogidos en el libro *Psicoanálisis y transversalidad* (1972)². Es el caso, por ejemplo, de los alcances en torno a los *grupos sometidos* y los *grupos-sujeto*, *transversalidad* o incluso la propia noción de *máquina de guerra*. Conceptos, estos, que han de continuar presentes en su deriva política, estableciendo un complejo entramado de relaciones y de flujos a lo largo de los años y a través de diversos trabajos de los que valdría la pena hacer un croquis.

De modo que *Psicoanálisis y transversalidad* —que además cuenta con un prefacio escrito por Deleuze— constituye la génesis de esa colaboración que se consolida con *El Anti-Edipo* y que, junto a otros trabajos que se desarrollan hasta la edición de *Mil mesetas* (de 1980), podrían ser considerados —y esto propuesto con franca arbitrariedad— una suerte de primer momento. Momento, éste, que comprendería el binomio *Capitalismo y esquizofrenia* e incluiría a *La revolución*

2 Cfr. Deleuze y Guattari (2013a) y Guattari (1976). En este primer acápite y sólo para las obras publicadas por Gilles Deleuze y Félix Guattari, la fecha entre paréntesis dentro del cuerpo del texto corresponde a la publicación original. En cambio, la fecha de la referencia bibliográfica aparece en la nota a pie.

molecular (de 1977), y *L'inconscient machinique* [*El inconsciente maquínico*] (de 1979 y no traducido al español³). Asimismo, este primer momento comprendería a los cursos que desarrolla Deleuze entre 1971 y 1980 en Vincennes⁴ y finalmente la colaboración que se da propiamente en *Mil mesetas*, donde es protagónico el eje de *lo menor* y las dinámicas de lucha que de ello devienen⁵.

Podría plantearse que a ello seguiría un segundo grupo de trabajos principalmente compuesto por varias publicaciones de Guattari hasta dar paso a la última colaboración entre los autores. Se trata, pues, de *Les Années d'hiver 1980-1985* [*Los años de invierno*] (publicado en 1985 y sin edición en español)⁶, seguido de *Cartografías esquizoanalíticas* y *Las tres ecologías* (ambos de 1989). Este segundo momento que cerraría el último libro en conjunto, ¿Qué es la filosofía? (de 1991)⁷.

Pues bien, el tema que atañe aquí es el entramado que se articula desde algunos de los textos de *Psicoanálisis y transversalidad* hasta *Mil mesetas*. Y principalmente *El Anti-Edipo*, en el que se presenta la urgencia y la potencia de ese giro con respecto tanto del psicoanálisis así como de los límites del análisis marxista y sus categorías, ambos insuficientes para dar cuenta de las articulaciones y formas políticas que se condecían con aquello que emergía en el periodo que circunscribe ese conjunto de trabajos. En ese sentido, valga mencionar cómo *El Anti-Edipo* siempre es presentado como si fuera el producto por excelencia del mayo del 68, cuando en realidad —y esto lo apunta claramente el filósofo japonés Jun Fujita Hirose— se trata un libro que remite poco al mayo del 68, siendo más bien central la figura del proletario en lucha⁸. En cambio, la lógica de la articulación de *lo menor* —que resulta más próxima a todas las emergencias políticas del 68— estará mucho más presente en *Mil mesetas*.

3 Cfr. Guattari (2017 y 1979). Asimismo, de manera póstuma se publicó *Líneas de fuga* (Guattari, 2013), que había permanecido inédito pero fue escrito también en 1979.

4 Publicados en español como: *Derrames. Entre el capitalismo y la esquizofrenia* (Deleuze, 2005) y *Derrames II. Aparatos de Estado y axiomática capitalista* (Deleuze, 2017).

5 Cfr. Deleuze y Guattari (2010). A todo el grupo de trabajos mencionados, puede sumarse *Escritos para El Anti-Edipo* (Guattari, 2019), que recoge precisamente aquel material que Guattari enviaba a Deleuze de cara a la escritura conjunta del libro.

6 Cfr. Guattari (2009). Este libro funciona casi de forma paralela con *Micropolítica* (2006) producto de la colaboración entre el propio Guattari y la filósofa brasileña Suely Rolnik, a partir de la visita del autor a Brasil durante ese periodo.

7 Cfr. Guattari (2000a, 2000b y 2013b). Complementan ese momento ¿Qué es la ecosofía? (Guattari, 2015), que recoge textos escritos durante el mismo periodo, así como también algunos de los textos políticos de Deleuze en *Conversaciones* (2006). Valga decir que este segundo momento podría incluir también a *Caosmosis* (Guattari, 1996), texto en que la idea de la producción de la subjetividad deviene central y que es posterior a ¿Qué es la filosofía? (2013b).

8 En palabras de Fujita Hirose: «el octubre ruso está definitivamente más presente que el mayo francés» (Fujita Hirose, 2021, p. 25).

En ese sentido, se trata de un libro que trata de dar cuenta de la articulación del *devenir-revolucionario*, entendido como el pase de una *lucha de interés* a una del *deseo*, lo que se da por la vía del *esquizoanálisis*, conceptos sobre los que aquí se volverá más adelante. El libro continúa, en todo caso, eso que Deleuze ya anunciaba con respecto a la tarea teórica de Guattari en *Psicoanálisis y transversalidad*, cuando señala en su prefacio que se trata de «constituir en el grupo las condiciones de un análisis de deseo, sobre sí mismo y sobre los otros (...) constituir una subjetividad revolucionaria con respecto a la cual no cabe preguntarse qué es lo primero, si las determinaciones económicas, políticas, libidinales, etc.» (Guattari, 1976, pp. 16-17).

De modo que es un trabajo en torno a la lógica del *devenir-revolucionario* que requiere y despliega todo ese enorme rizoma de conceptos: deseo, máquina, interés, molar/molecular, grupos sometidos/grupos sujeto, esquizoanálisis y un muy largo etcétera. Es precisamente por ello (y como es sabido) que llegar a *El Anti-Edipo* puede asemejarse a darse con un muro, un muro conceptual. De allí que una primera lectura de quien escribe estas líneas haya estado dada casi en la misma forma en que uno se enfrenta a un libro de narrativa.

A riesgo de que ello pueda ser acusado de reduccionista, lo cierto es que aquella primera lectura implicó un avance a tientas, con una curiosidad que resultaba liberadora, entendiendo los conceptos casi como personajes que se articulan, que funcionan. Finalmente, posteriores relecturas permitieron entrar a esa maraña de conexiones que reside en cada uno de estos conceptos, que suelen aparecer en parejas o en triadas y que constituyen, más que una profundidad, una inacabable expansión de conexiones. Al respecto, cabe recordar lo señalado por Deleuze cuando afirma que «quienes saben poco y no están corrompidos por el psicoanálisis tienen menos problemas» con el libro, y dejan de lado lo que no comprenden. Así, el único problema del libro «es si funciona y cómo funciona ¿cómo funciona para ti?» (Deleuze 2006, p. 16).

Quizá precisamente como correlato de dicho tenor casi críptico es que la respuesta de muchos lectores decanta en el extremo opuesto y, tal como ocurre con muchos otros aparatos conceptuales, asoma el problema de que los instrumentos de Guattari-Deleuze suelen ser articulados a contracorriente de sus dinámicas. Y así, a veces su aparato conceptual es evocado en la línea de una rimbombancia (una suerte de «maquillaje terminológico») arrojado más a complejizar la ilustración de razonamientos habituales en torno al deseo, al poder y a las luchas, que a dar cuenta de la *potencia* que reside en la torsión que ofrecen sus instrumentos conceptuales. De allí también que, a veces, éstos terminan presentados casi a modo de fórmulas

o, peor aún, tratando de ser colocados en el lugar estéril del mausoleo. Pero nada más alejado de la potencia política de dichos instrumentos.

Máquinas, deseo y devenir-revolucionario

Para dar cuenta de esa potencia, habría que partir por dos conceptos centrales: *máquina* y *deseo*. Lo maquinico, que constituye un aporte central desde el trabajo de Guattari, refiere —quizá en un impulso de simpleza ilustrativa, lo cual no necesariamente sea malo—, a una dinámica, a un funcionamiento maquinico⁹. Todo comprendido como máquinas (no como entidades cerradas o aisladas) que entran en funcionamiento con otras máquinas. De allí que se trate de hacer énfasis en las potenciales articulaciones, conexiones, vínculos que las máquinas puedan establecer con otras, los agenciamientos posibles. De modo que toda máquina está en un potencial y actualizable funcionamiento articulado con otras máquinas u otros elementos. Una máquina siempre busca a otras y puede ser encontrada por otras¹⁰.

Pues bien, lo que *moviliza* a estas máquinas, lo que hace factible estas «conexiones» y permite crear agenciamientos es precisamente el *deseo*. Los agenciamientos entre máquinas están dados por el deseo. De allí un giro con respecto a la mirada psicoanalítica que lo ha colocado siempre como una *carencia* de algo. En Guattari-Deleuze es más bien potencia creativa; es, pues, una visión productiva y nada represiva del deseo. El deseo constituye esa potencia que impulsa, que permite las articulaciones de las máquinas. Al respecto, aunque es muy difícil hallar una definición dada de *deseo* en el trabajo de los autores (tal como ocurre, por ejemplo, con la definición de *poder* en todo el corpus de Foucault), quizá podría rescatarse algo indicado por Guattari. Un texto breve titulado *Luchas del deseo y psicoanálisis* señala: «el deseo como pura positividad intensiva rodea a los objetos y a los sujetos; es flujo e intensidad» (2017, p.52), lo que ilustra cómo funciona esta noción. Es ese flujo e intensidad el que produce —agrega Guattari en el mismo texto mencionado— los agenciamientos de catexis colectiva. Este último término (también muy presente en *El Anti-Edipo*), *catexis*, posibilidad, agenciamiento colectivo o catexis colectiva, justamente tiene que ver con estos agenciamientos que

9 Al respecto, en *Máquina y estructura*, Guattari (1976, p. 274 y ss.) aborda recogiendo reflexiones en torno a la idea de estructura que Deleuze ya había delineado *Diferencia y repetición* y también en *Lógica del sentido*, para dar cuenta de este funcionamiento maquinico y la relación corte-sujeto-máquina, al tiempo que realiza una crítica al estructuralismo.

10 Señala Guattari: «Las máquinas no son totalidades cerradas sobre sí mismas. Mantienen relaciones determinadas con una exterioridad espacio-temporal, así como con un universo de signos y campos de virtualidades (...) Una máquina aflora en el presente como término de un linaje pasado y es el punto de relanzamiento, o el punto de ruptura, a partir del cual desplegará, en el futuro, una línea evolutiva» (2015, p.383).

el deseo produce, con esas multiplicidades que, al agenciar, al articularse, gracias al deseo (y a los quiebres y cortes que produce) genera cosas nuevas.

Es en ese mismo texto breve que Guattari delinea una reflexión que brinda un punto de entrada central para abordar aquí la cuestión del *devenir-revolucionario*. En un punto, se interroga si no sería absurdo que una revolución revoque al poder en curso, a través de la lucha revolucionaria, para en su lugar instaurar una estructura que reproduzca las mismas formas de poder (Guattari, 2017, p. 37). Y con ello ilustra el quid de la lógica del *devenir-revolucionario* (y de su carácter subversivo, podría decirse), marcando la gran diferencia que hay entre éste y la idea de *la revolución*, más bien programática, definida, partidaria, política, conducida por (o hacia) una institucionalidad para consolidar una forma de poder, digamos.

Al respecto, viene a bien recoger otro par de conceptos de la propuesta de los autores (nuevamente, siempre pares o triadas de conceptos). Y es que a la diferencia que ilustra lo planteado por Guattari hace eco aquella otra diferencia existente entre las *luchas del deseo* y las *luchas de interés*. Justamente una revolución programática, partidaria, llevada de la mano por una institucionalidad política, digamos, remite a una *lucha de interés*. Puede decirse, al respecto, que hay un interés que moviliza la lucha y que tiene al deseo como instrumento, dejándolo hipotecado al servicio del programa y las estrategias que despliega. Pero cuando el deseo —esa «positividad intensiva», ese flujo «flujo e intensidad»— sobrepasa, esto es, cuando esa potencia *desborda* el interés (empleando dos términos que pueden ayudar a describir), es entonces que puede ser posible un *corte del deseo* y se remite puntualmente a una *lucha del deseo*. El deseo supera al interés dando cuenta de la potencia del *devenir-revolucionario*. Por ponerlo en términos de Deleuze, a partir de una publicación realizada poco tiempo después de *El Anti-Edipo*, «no hay eclosión de deseo, sea donde sea (en una pequeña familia o una escuela de barrio), que no haga tambalearse todo el aparato, que no ponga en cuestión el campo social » (2008, p. 89). Es pues el deseo y su posibilidad de agenciamientos, de esquizoanálisis, el que hace posible el despliegue de potencias revolucionarias, más allá de una revolución programática. O, en palabras de Guattari, «escuchar los auténticos deseos del pueblo implica ser capaces de escuchar nuestros propios deseos y los de nuestro entorno más inmediato. Esto no quiere decir que haya que poner las luchas de clase a gran escala por delante de las luchas del deseo. Muy al contrario, cada punto de unión entre ellas aportará a las primeras una energía insospechada» (2017, p. 324).

Para ilustrarlo de otra manera, quizá un poco más concreta, y también echando mano de otro par de conceptos muy presentes en el trabajo de Guattari-Deleuze, el

grupo-sujeto es ese que encarna la potencia del deseo, mientras el *grupo sometido* es el que todavía está dentro de la dinámica del grupo, la alienación del grupo. Entonces, el proletariado en lucha, por ejemplo, sería el protagonista de una *lucha del interés*, conformando además un *grupo sometido* por más revolucionaria que pudiera resultar su lucha. Sería más bien cuando ese proletariado decide romper con la dinámica de la revolución (una suerte de *hacer la revolución a la revolución* o a las formas de poder que la revolución configura) que se produciría un quiebre del deseo, un corte, y se condice con la idea de un *grupo-sujeto*. En buena cuenta ese giro, ese *salir del interés y darle pie al corte del deseo*, ilustraría —*mutatis mutandis* y quizá simplificándolo en demasía— la dinámica de lo que sería el *esquizoanálisis*, algo que también recoge el propio Fujita Hirose (2021, pp. 25-33).

El esquizoanálisis, pues, da cuenta de ese viraje por el cual el deseo deja de estar hipotecado a la lucha de interés dando cuenta de una lucha del deseo. De allí que la lógica de un devenir-revolucionario se cimiente en esta idea. Este, pues, resulta francamente revolucionario incluso respecto de cualquier programática revolucionaria que buscara una captura del poder o una reconstitución a nivel institucional. Es de allí que, por ejemplo, en *La revolución molecular*, Guattari no solo dé cuenta de lo problemático en las lógicas del capitalismo (sea en su versión segmentaria o de *capitalismo mundial integrado*), sino también (y quizá con más ahínco) en el germen autoritario que está en la propia dinámica del Estado, en la propia lucha revolucionaria partidista y en la praxis del aparato psiquiátrico.

Entonces, a modo de recapitulación (y siempre en el ánimo de describir e ilustrar), el deseo viene a ser central, porque es lo que produce que las máquinas (se) agencien y porque genera emergencias de cosas nuevas a partir de lo heterogéneo. Además, el esquizoanálisis implica en buena cuenta ese corte del deseo que «desborda» la lucha de interés. Valga decir, al respecto, que no es que estas luchas (las de interés) sean estériles o inútiles de alguna manera. Y es que la *lucha de interés*, encarna, hace expresa o, aún mejor, *actualiza* una lucha (en tanto pasa de lo virtual a lo actual). El *corte leninista* (otro concepto planteado por Guattari y recogido en *El Anti-Edipo* (cfr. Guattari, 1976, p. 212 y ss.)) implica justamente la actualización del interés de una clase, que es encarnada, a través de la constitución de un partido y la acción de una vanguardia revolucionaria. De allí la relevancia de estas luchas de interés; sin embargo, pierden toda su potencia si es que la lucha va a terminar por reemplazar el aparato burgués capitalista por el aparato estatal burocrático del Partido, que refleja la misma lógica del poder, pero que además deja subordinado el deseo de quienes movilizan tal lucha. Nuevamente, habría que *hacerle revolución a la revolución*; es lo que va en sintonía de esa idea del *devenir-revolucionario*,

esa sería la lógica¹¹. Una cosa es la Revolución (con «R mayúscula», si se quiere), esa que cuenta con un partido detrás, con una propuesta de estructura política, con su propio aparato institucional y otra cosa es el *devenir-revolucionario*, que revoluciona la revolución y revoluciona todo flujo constantemente, a partir de los cortes y estallidos del deseo, con la potencia que ello implica.

Al respecto de eso —y de cara a intentar *articular* algo en relación a lo que acontece hoy— se podría partir recurriendo a dos ideas o referencias que ya casi se han convertido en cliché cuando se habla de Guattari-Deleuze o de *El Anti-Edipo*. La primera se relaciona a la —ya mencionada— cuestión de abordar el texto no estando demasiado «corrompido» con psicoanálisis, sino utilizando los conceptos en tanto que instrumentos conceptuales. Son, pues, *cajas de herramientas*, en la línea del famoso diálogo entre Deleuze y Foucault, que a su vez sitúa al intelectual como aquel que lucha contra el poder (Foucault, 2012, p. 32). O, como lo señalan los propios Deleuze y Guattari en otra famosa entrevista, «eso mismo es lo que pensamos de nuestro libro. De lo que se trata es saber si funciona (...) es una máquina» (Deleuze, 2006, p. 38). Es decir, que sea útil para algo, que (te) funcione para acompañar, describir, comprender las emergencias, los quiebres y las luchas que bullen o pueden bullir, algo que siempre dialoga con el contexto de sus reflexiones.

La segunda idea remite a algo comentado por Foucault en el prólogo a la edición en inglés de *El Anti-Edipo*, donde señala que el mayor enemigo del libro es el fascismo; pero no el fascismo histórico, partidario; no ese fascismo de camisas pardas y de nazis. En cambio, refiere a ese fascismo que «está en todos nosotros» que nos hace amar el poder y a lo que nos somete (cf. 1994). Se trata de algo que debería pensarse en la línea de lo que se mencionó anteriormente. Y es que, si esquizoanálisis implica justamente ese corte del deseo que «revoluciona la propia revolución» a un nivel de acción política, en ello hay también una dimensión que implica una lógica *micropolítica* (otro concepto que decanta más bien desde Guattari). Este fascismo que habita en cada quien en realidad da cuenta de aquel nivel *micropolítico*. Se trata de una «micropolítica del fascismo» (Guattari, 2017, p. 53 y ss.) o, como define posteriormente Guattari, de un «microfascismo» (2015, p. 380 y ss.) que se condice con aquello que ha de tensionarse al nivel de un *territorio de lucha* micropolítica, es decir, en el terreno de la subjetividad.

11 De allí, quizá, que con frecuencia se halle en esta propuesta una dinámica de resonancia anarquista, lo que se evidencia en el modo en que (sobre todo en inglés y desde mediados de los noventas) recuperan el trabajo de Guattari-Deleuze. Al respecto, cuando define el *postanarquismo*, el escritor y militante español Tomás Ibañez da cuenta de varios de estos trabajos (2014, pp. 67-71).

Y precisamente es a partir de allí que cabría recaer sobre la posibilidad de *articular* a partir de esa *potencia política* sobre la que se busca dar cuenta aquí. Si de entre todas las posibilidades desde las que se podría abordar el aparato Guattari-Deleuze se ha decidido rescatar en esta ponencia esa idea del devenir-revolucionario, es precisamente por la utilidad que tiene para articular en este territorio de lucha en nuestro contexto y en nuestro tiempo.

Propuesta en torno a la subjetividad

Se había mencionado antes que habría que considerar el contexto de ebullición en el que se desarrollan los conceptos de ese momento que va desde los textos de *Psicoanálisis y transversalidad* hasta *Mil mesetas*. Y es que, en principio, su potencia y los primeros alcances de su utilidad, están en relación con él. Pues bien, a más de medio siglo desde su creación, en el marco de las articulaciones y emergencias políticas que surgen hoy, en Latinoamérica estos resuenan con una siempre renovada vigencia y con franca *utilidad*¹².

En esa línea, podría decirse que arribamos a un contexto que pareciera corresponder con aquello que en el análisis institucional denomina como *analizador*, aquello que pone en evidencia algo, que deja en evidencia ciertos funcionamientos del poder expresados en tensiones y contradicciones. Y es que en nuestro contexto, el neoliberalismo, que ya era una fuerza reactiva ante la crisis del liberalismo capitalista clásico, está llegado a su vez al punto de mostrar sus grietas y posibilidades para emergencias que dan cuenta de sus límites (o ensayos de límites), así como de sus lógicas de recaptura brutal, por el lado de la violencia y de las fuerzas neo-reaccionarias que se consolidan cada vez más.

En este contexto, pues, el entramado conceptual de estos autores puede ayudar a hacer foco en —por denominarlo de alguna manera— ese «campo de batalla» que constituye la subjetividad. La idea de lo molecular y de lo micropolítico (que aparecen atravesando desde *El Anti-Edipo* a *Mil mesetas*, pero sobre todo

12 En los últimos se ha desplegado una oleada de estallidos en el continente (Chile y Ecuador en 2019, Perú en 2020, Colombia en 2021, entre otros) que, en general, comparten como denominador común la acumulación y el desborde de los malestares producidos por el orden económico, así como el descrédito respecto al manejo político (cfr. Murillo, 2021). Estos estallidos, contra la forma neoliberal y la política que ha sido correlato de su consolidación se dan en un continente en el que el modelo neoliberal no sólo fue instalado a modo de experimento violento en la década de 1970 (con las dictaduras de Chile y Argentina), sino donde se habrían consolidado varios de sus supuestos «casos de éxito». Es decir, países que han evidenciado un franco crecimiento macroeconómico en las últimas décadas pero que, lejos de mejorar la vida de la mayoría de sus ciudadanos, han dado lugar a un gran reguero de desigualdades y de condiciones de nefasta precariedad (en tal sentido, el caso de Perú resulta ejemplar).

los textos que componen *La revolución molecular y Micropolítica*) dan cuenta, precisamente, de este tipo de articulaciones en el terreno producción de subjetividades, algo que será desarrollado sobre todo el trabajo posterior de Guattari, tal como se señaló antes.

Es el caso, por ejemplo, de *Caosmosis*, donde se aproxima a cómo el capitalismo actual configura y produce subjetividades, ocupando éstas el lugar central en las operaciones económicas y semióticas del sistema (cfr. Guattari, 1996), una idea que ya puede rastrearse cuando propone la noción de *capitalismo mundial integrado* hacia la década de 1970. Se da cuenta entonces que el capitalismo por venir (ese que nosotros ya estamos surfeando desde hace algunas décadas) se ha de centrar en la producción de la subjetividad y que, además, va a hacer de esa subjetividad lo central de su axiomática y el eje de sus operaciones de producción.

En tal sentido, si recogemos diversos análisis en torno a las lógicas del capitalismo actual, desde el desplazamiento del *homo-æconomicus* como *empresario de sí mismo*, propuesto por Foucault (cfr. 2007), hasta análisis como los de Laval y Dardot en torno a las dinámicas de lo neoliberal (cfr. 2013), o el análisis de la deuda como dispositivo y la constitución del *hombre endeudado* que aporta en Lazzarato (cfr. 2013 y 2015), entre tantos otros¹³, en buena cuenta a lo que refieren, desde sus diversas entradas y herramientas (incluso opuestas), es al conjunto de dinámicas que se vuelven determinantes para producir una forma de vida y unas formas de subjetividad correspondientes a este orden socioeconómico y político, aquello que Suely Rolnik signa como «inconsciente colonial-capitalístico» (cfr. 2019). O, para decirlo con Verónica Gago, el neoliberalismo se corresponde con una racionalidad «no puramente abstracta ni macropolítica, sino puesta en juego por las subjetividades y las tácticas de la vida cotidiana. Como una variedad de modos de hacer, sentir y pensar»; el neoliberalismo, pues, supone «una dinámica inmanente: se despliega al ras de los territorios, modula subjetividades» (2015, p. 22). Y así, se conjugan las operaciones de orden económico, semiótico, informacional, tecnológico y social, todas las máquinas se articulan en la producción de esas formas de subjetividad, algo que para Guattari resultaría central y que sintoniza con la idea de que la lucha también ha de implicar lo micropolítico¹⁴.

13 Si bien hay una inconmensurable cantidad de trabajos en esta línea, valdría mencionar también el análisis de Mark Fisher (cfr. 2016) y de Wendy Brown (cfr. 2021) que, aun partiendo de derroteros sumamente diferentes tienen también un gran énfasis en torno a la subjetividad y su centralidad.

14 En este sentido, resulta particularmente importante la aproximación de Maurizio Lazzarato a la producción de subjetividad, a partir de una articulación de los conceptos de Guattari-Deleuze. En el libro *Signos y máquinas* (2020b), el filósofo reflexiona a partir de la «sujeción social» y de la «servidumbre maquinaica» como dispositivos centrales en dicha producción. Una nota al pie de los editores de *La revolución molecular* también da cuenta de ambos conceptos en relación a la definición de máquina (Guattari, 2017, p. 25).

Al respecto, se proponen aquí una suerte de tres dimensiones de producción de subjetividad que buscan dar cuenta de lo que ocurre en nuestros días. Plantearlas podría dar pie a pensar alguna respuesta u otra forma de articulación que incluya precisamente un cariz micropolítico.

Así, una primera dimensión de producción de subjetividad, «precarizada y contra-empática», se correspondería a lo que deviene de la propia racionalidad neoliberal, que coloca a la *competencia* y a la *optimización productiva* de los sujetos como la máxima por excelencia de las formas de vida contemporáneas. Esto, de cierto modo ya indicado por el análisis foucaultiano en torno a la noción del *empresario de sí*, implica unas condiciones de vida marcadas por la extenuación y auto-optimización constante. En este sentido, también resultan medulares para dar cuenta de algunas de las implicancias de dicha precarización, los libros en torno a la construcción del *hombre endeudado* y el rol de la *deuda* como dispositivo realizados por Lazzarato y que junto a la noción del *empresario de sí* foucaultiano constituyen derivas claves en las formas de vida actuales; asimismo, están los trabajos de Franco «Bifo» Berardi que describen los rasgos incluso trágicos de dicha precarización, en consonancia con las lógicas desplegadas de la tecnología digital y su transformación productiva¹⁵. Tales condiciones, en el marco de un sistema cuya lógica supone que *el otro* devenga en competencia (o en amenaza, en última instancia), implica diversas consecuencias en otro nivel. En general, el lazo social es erosionado, lo que a su vez busca debilitar las posibilidades de articulación política, en sintonía con una despolitización constante a nivel institucional: menos sindicatos, una educación menos politizada, crisis del escenario partidario, etc. Lo que se busca erosionar es, pues, las formas de articulación a partir de la potencia política que supone el reconocimiento de las circunstancias del otro (e incluso de la naturaleza como *otro*), es decir, la fuerza política de la empatía. Se busca erosionar también en una dimensión micropolítica, de constitución de la subjetividad. De allí que muchas de las articulaciones y estallidos surgidos a partir de la indignación o del hartazgo respecto a las condiciones de vida (constantes en los últimos años en Latinoamérica) también estén caracterizadas por el ejercicio de una empatía política radical. Además, justamente han sido estas emergencias y articulaciones (las latinoamericanas) las que han tomado a la subjetividad como explícito terreno de lucha contra el orden de lo social en su conjunto. De allí que la lógica de un *devenir-revolucionario*, a luces de lo que acontece, implicaría también considerar el protagonismo de esta empatía política radical.

15 Resultan particularmente ilustrativos de la precariedad actual *La fábrica de la infelicidad* (2021) y *Futurabilidad* (2019).

Por otro lado, una segunda dimensión de producción de subjetividad —«extasiada y mercantilizada»— se relaciona con lo tecnológico digital y su inserción en todos los estratos de lo social. Es decir, todas las prácticas, lógicas y dinámicas que ha consolidado la tecnología digital en las derivas de los sujetos¹⁶. Por un lado, se señala el aspecto «extasiado» porque las prácticas comunicacionales parecieran estar signadas por una suerte de éxtasis informacional generalizado. Pareciera, pues, que estamos desconectados por hiperconexión, debido tanto a la *sobre-saturación* informativa como a tener como única forma de respuesta posible frente a ella al *flujo* veloz y constante, la circulación total; al respecto, los trabajos de Paul Virilio (cfr. 1999a y 1999b) y de Jean Baudrillard resultan medulares. Incluso, la noción de éxtasis de la comunicación viene de este último (cfr. 1990 y 2001). Se trata de un efecto de transformación incluso antropológico, como ha señalado «Bifo» Berardi (cfr. 2007) que implica un viraje en las formas en que se interrelacionan los sujetos y cómo operan con la información.

Entonces, por un lado, los sujetos extasiados, esclavos de la velocidad y la saturación a través de la inserción tecnológica. Pero, por otro lado, ésta también genera la mercantilización de la propia vida. Los intercambios simbólicos, los consumos, los hábitos, todo convertido en información que a su vez deviene material de mercado (la subjetividad misma en el eje de las operaciones productivas), junto al despliegue de nuevas formas de control, así como de regulación de consumos y rutinas mediante lógica algorítmica. De allí que en los últimos años se haya abierto toda una discusión en torno al capitalismo «de plataformas» (Srnicek, 2018) o «de vigilancia» (Zuboff, 2020) o «capitalismo Big-Tech» (Morozov, 2018) e incluso «tecnofeudalismo» (Durand, 2021), entre tantos otros términos, dependiendo de a quién se lea. Sin embargo, todo ese debate —quizá el más en boga en el campo de la comunicación y la tecnología— es indisoluble de las condiciones económicas de precarización y políticas de contra-empatía descritas antes, articulando ambas dimensiones.

Finalmente, habría una tercera dimensión, de característica «productiva y feliz». Ésta correspondería, por un lado, al hecho de haber traducido toda la vida en *producción*. Es decir, la transformación de la vida misma en un terreno productivo, en una escalada que podría identificarse como iniciada hace décadas con la idea de una «economía del conocimiento» hasta llegar a las lindes del «Capitalismo cognitivo» y también a la idea de un «Semiocapitalismo». Y es que incluso los

16 Es decir, aquello que conforma el régimen informacional de la ubicuidad actual (cfr. Pacheco Benites, 2018).

intercambios entre los sujetos han sido convertidos en material de mercado o en actividad productora de valor económico.

Correlato de esta suerte de tránsito es, además, la constitución de diversos dispositivos arrojados a «adormecer» el malestar que de ello deviene. De allí que el aspecto «feliz» de esta dimensión corresponde a la consolidación de una «industria de la felicidad» y de una «cultura del optimismo»¹⁷, que implica el desarrollo de un *culto al exitismo* o a la *meritocracia*, así como incluso la recaptura de la resiliencia (en tanto aceptación de las condiciones dadas). Todo ello actuaría como una suerte de paliativo para esa población (cada vez más) precarizada, jugando un rol importante en la producción de la subjetividad; además, sintoniza con la propia lógica del *empresario de sí mismo* porque el sujeto deviene una suerte de empresario de su propio bienestar y de su felicidad, en la que debe invertir y sobre la que debe optimizar (Binkley, 2014). Así, desde las formas de pseudo terapia hasta el *coaching*, pasando por tantos otros dispositivos, lo que se conforma es una domesticación capitalista de la angustia y de la precariedad. Ello, en lugar de generar la empatía política radical (lo que implicaría la potencia del cambio micropolítico), no sólo funciona para apaciguarlo todo, sino que coloca a estos modelos de vida como deseables, incluso.

Pues bien, lo que se plantea aquí es que delinear esas tres dimensiones podría ser de ayuda en cuanto a las implicancias y formas de lucha contra la lógica capitalista, en cuanto a la subjetividad que produce¹⁸. Y es que apelar a lo *micropolítico* podría condecirse con esa *potencia* del deseo, para tratar quizá de articular nuevas posibilidades estratégicas. Articular, pues, posibles nuevas *luchas de interés*, al tiempo que se potencian *luchas del deseo* que permitan constituir también nuevas formas de subjetividad. O, dicho de otro modo, las posibles articulaciones de *devenires-revolucionarios* han de considerar el carácter francamente micropolítico de las luchas actuales, algo que pareciera aún como una tarea pendiente.

Pero, claro, no se trata con ello de proponer una alternativa «espontaneísta», que niegue o refute toda dimensión centralista o de tenor *macro*. El propio Guattari rechaza caer en ésta dicotomía (2017, p. 38) e, incluso antes, Deleuze ya señala con respecto a *Psicoanálisis y transversalidad* que Guattari «muestra que el problema no es en modo alguno el de una alternativa entre el espontaneísmo y el centralismo (...) el problema refiere a la naturaleza de la unificación,

17 Al respecto, véase: *Happycracia* (Cabanas y Illouz, 2019) y *McMindfulness* (Purser, 2019).

18 La actual investigación doctoral del autor de este texto se desarrolla en torno a estas tres dimensiones de producción de subjetividad.

que debe operar transversalmente, a través de una multiplicidad». Y agrega que dicha unificación, además, debe funcionar como un *analizador* en relación al deseo (Guattari, 1976, p. 16).

Quizá es allí donde reside lo más medular de la potencia que la articulación del devenir-revolucionario enfrenta en nuestros días. Las limitaciones que parecieran presentarse a nivel estratégico cuando se busca articular a partir de la potencia micropolítica de las luchas en la subjetividad. En ese sentido, hacia el final del prólogo a la versión en español de *Guerras y capital*, Eric Alliez y Maurizio Lazzarato (2021, pp. 27-28), reflexionan —a partir de una manifestación neorreaccionaria de nuestro continente sobre la que volveremos luego— en torno a cómo Guattari enfatiza siempre la necesidad de articular las dimensiones micro y macro políticas. Asimismo, dan cuenta de cómo el «corte leninista» (que actualizó la revolución) devino en «corte estético», al tiempo que el *devenir-revolucionario* se transforma en «procesualidad creativa»¹⁹. En ese punto, se interrogan sobre cómo sería posible, en las circunstancias actuales, actualizar una máquina de guerra, las praxis políticas y hacer parte de dichas dinámicas a las «recomposiciones subjetivas». Anuncian, a partir de ello, que quizá lo que se requiera es un nuevo concepto de *clase*, así como encontrar una práctica teórica de negación no dialéctica.

En una línea similar, desde aquí se defiende la idea de que, en razón de dicha búsqueda, las articulaciones teórico-estratégicas que vienen caracterizando los estallidos de América Latina pueden ofrecer una alternativa de reconfiguración, dada la centralidad que la subjetividad supone en tales procesos y emergencias. Y es que tanto Alliez y Lazzarato (cuyo prólogo titulan «Nuestro norte es el sur»), coinciden con Fujita Hirose (que recoge las lógicas de las luchas de nuestro contexto, como parte de una alternativa posible) y también con buena parte del trabajo teórico producido en nuestro continente (en la línea Suely Rolnik y Verónica Gago, por ejemplo) en que las luchas implican una dimensión de subjetividad que demanda, al menos, una reformulación que consiga articularla como parte central de toda iniciativa estratégica.

19 Ya antes Lazzarato había dado cuenta de cómo numerosos movimientos posteriores a Mayo del 68 han construido su estrategia en torno a la distinción entre, de un lado, el *devenir revolucionario*, al que identifica con «crítica de las sujeciones, producción diferencial de subjetividad, autonomía e independencia de “formas de vida”, afirmación del yo y cuidado de sí». De otro, la *revolución*, que relaciona con el «cambio radical del régimen de propiedad, lucha por el poder político, normas sobre el uso de la violencia, expropiación de expropiadores, superación del capitalismo». Para el autor, romper la relación que los anuda jugaría en contra de las posibilidades de articulaciones y emergencias revolucionarias y es que «sin una relación y un enriquecimiento recíproco (...) ambos se debilitan inexorablemente (2020a, p. 193).

A modo de salida: los neorreaccionarios y nuestro contexto

Asistimos, pues, a lo que parece ser un momento *analizador* —momento que Lazzarato signa como «apocalíptico»²⁰— en el que a veces parecieran asomar aquellos límites del sistema que por lo general terminan en recapturas y reconfiguraciones por parte del mismo (el propio Fujita se interroga precisamente sobre ese «límite absoluto del Capitalismo»). De allí que sean sintomáticos de tal momento los diversos estallidos de los que participamos (o atestiguamos) en los últimos años. Éstos, pues, son mayormente propiciados por los descontentos que desbordan hasta prácticamente convertirse en la forma de vida característica de los tiempos que corren. Así, la desigualdad y las precariedades acumuladas, el régimen patriarcal y sus dispositivos, el autoritarismo y sus derivas, la crisis climática, el voraz extractivismo (de viejo y de nuevo cuño), la pandemia (con sus malestares y evidencias) y un largo etcétera hacen parte de lo que bulle en sus dinámicas. Pues bien, es en este mismo momento que los impulsos neorreaccionarios parecen propagarse y consolidarse sin señal alguna de tregua. Es una respuesta, finalmente, un correlato reactivo, virulento y de alcances diversos²¹.

Si el asunto viene a colación aquí es porque, al menos entre los discursos y tribunas neorreaccionarias de nuestro continente, se levanta con frecuencia una lectura (bastante estrambótica) de aquellas reflexiones concebidas en el contexto o con la influencia de la ebullición social de la década de 1970. Ello incluye, claro, algunos de los conceptos o planteamientos de Guattari-Deleuze mencionados aquí. Es el caso de *La revolución molecular*, que desde hace pocos años, se convirtió en otra de las «bestias negras» de diversos sectores neorreaccionarios en países como Chile, Colombia y Perú. Esto, gracias al enorme eco de las propuestas de un «activista» chileno, quien ha impulsado la idea de que actualmente en el continente se lleva a cabo una «revolución molecular disipada», precisamente en relación a los estallidos que acontecen. Según su propuesta, ésta constituye un viraje estratégico que forma parte de una arremetida «neo-marxista» o «neo-comunista» de larga data. Así, su «revolución molecular disipada» perseguiría la misma programática que la de una revolución «tradicional», sólo que hoy desarrollaría un «proceso insu-

20 Lazzarato empieza uno de sus libros más recientes diciendo: «Vivimos tiempos “apocalípticos”, en el sentido literal del término: tiempos que ponen de manifiesto, que dejan ver. (“Apocalipsis” significa, etimológicamente, quitar el velo, descubrir o desvelar)» (Lazzarato, 2020a, p.9)

21 En los años más recientes, en español, han surgido numerosos estudios en torno a estos fenómenos neorreaccionarios y sus manifestaciones en diversos contextos (cfr. Traverso 2018, Forti 2021, Fundación de los comunes 2020). Si bien algunos ponen foco en nuestro continente (Solano Gallego 2019), urge reflexionar en torno a las características del consolidado discurso neorreaccionario y sus enclaves «teóricos», cuestión que el autor viene trabajando en un ensayo.

rrreccional» descentrado y de tenores casi anarquistas, pero que se debe al impulso organizativo de un bloque pro-comunista²².

Quizá el asunto no pasaría de ser un anecdótico malentendido conceptual, si no fuera por la repercusión que ha llegado a tener entre los circuitos neorreaccionarios del continente (así como en algunas esferas protagónicas en el ejercicio del poder institucional), que echan mano de tales propuestas²³. Asimismo, este hecho está en sintonía con posiciones que ocupan las plazas de «referentes» predilectos de tales sectores neorreaccionarios desde hace varios años. Desde ellas, se suele pregonar que existe una suerte de «guerra cultural» que sería llevada a cabo por una izquierda a la que tildan de «deconstruccionista» o «posmoderna», incluyendo en ello vertientes o derivas críticas que poco tendrían que ver con ello o siquiera entre sí pero que forman parte de esa «ofensiva cultural marxista»²⁴. En fin, esta suerte de «recuperación» tendenciosa por parte de los neorreaccionarios quizá invitaría a preguntarnos cómo y a razón de qué lógicas dicha posición crítica llega a constituir «un enemigo» a luces de esa mirada y qué implicancias tiene ello.

De modo que los estallidos que han venido ocurriendo desde el 2019 en nuestro continente, echan luces e invitan a repensar sobre las posibilidades de articulación que ofrecen estas herramientas e instrumentos conceptuales (así como las recapturas que se han favorecido desde la reacción). Asimismo, dan paso a una siempre renovada reflexión en torno de las posibilidades y potencias implicadas en una «micropolítica del deseo» que parte de las emergencias y articulaciones políticas que acontecen. Incluso cuando los estallidos de los últimos años en sí mismos no constituyen ni una revolución molecular, ni tampoco cortes del deseo, ni tampoco

22 Estas ideas pueden encontrarse principalmente a través de los numerosos videos que forman parte del canal de YouTube que dirige Alexis López, el activista en cuestión. Muchos datan ya de algunos años y, con tenores que casi podrían parecer conspiranóicos, llega a hablar de la influencia sea de un supuesto bloque neocomunista ruso-chino-iraní o del chavismo en esta «revolución molecular dispada». Incluso, en algún momento ha llegado a relacionar la presencia que Guattari tuvo en el Brasil de comienzos de la década de 1980 y su cercanía al Partido de los trabajadores de Lula como punto en el cual se «importa» este modelo de insurrección a nuestro continente.

23 Incluso el ex Presidente de Colombia, Álvaro Uribe, llegó a hacer una publicación en Twitter aludiendo al concepto de López e invocando a resistir a esa «Revolución molecular dispada», lo que puso el tema en los medios hacia la primera mitad de 2021.

24 En los últimos años, estos discursos han ganado más terreno en Latinoamérica. De un lado, los signa un conservadurismo férreo, así como una defensa de la «libertad» económica, que se presenta -irónicamente- como contestataria a un statu quo defendido por una derecha «débil» o «globalista», pero siempre amenazada por las supuestas fuerzas «progresistas» del «marxismo cultural». Sin duda, un punto importante en esta expansión lo marca la aparición *El libro negro de la nueva izquierda*, que propulsó la popularidad y el alcance no sólo de estos argumentos y de sus autores, Agustín Laje y Nicolás Márquez, sino que abrió la puerta para el surgimiento de varios otros comentaristas alrededor del continente, cuya presencia mediática (y «popularidad viral») parece en franco aumento. Es el caso de Gloria Álvarez, Javier Milei y Miklos Lukacs, entre otros.

la generalización de articulaciones micropolíticas, al menos sí ponen en la palestra la vigencia que tiene la discusión de estos instrumentos. A partir de ello, también permiten dar cuenta de sus límites y de sus posibles alcances, debido a lo que (les) exigen a nivel de articulación estratégica o de reflexión teórica todas las formas revolucionarias, las formas de resistencia o, más en general, todas esas *clases de lucha* (hoy, bastante más allá de la lucha de clases). La idea es, siempre, seguir buscando las posibilidades para estallidos del deseo y para dar nuevos caminos a los devenires-revolucionarios que se puedan articular. Como siempre, hallarle uso a las «cajas de herramientas» aportadas por estos autores desde hace medio siglo, en la línea de que un intelectual debe luchar contra el poder. Y esto, claro, no desde la posición del púlpito ni de la pretendida casta que clarifica u orienta a «las masas». Sí, en cambio, en resonancia con esa idea de luchar contra el poder allí donde se articula en todas sus formas, tenores (y tendencias). Recoger y articular con estos conceptos pero tampoco pretendiendo hallar un incuestionable manual, sino propiciando devenires-revolucionarios o alguna suerte de *ethos antiautoritario* que recoja la potencia.

Así, pues (y para recoger otra pareja de conceptos) priorizar la *potencia* contra el *poder*; *potencia* para horadar el *poder*. O, para cerrar con una frase del investigador peruano Julio Hevia²⁵ (sin duda un gran articulador a partir del aparato Guattari-Deleuze): «potencia más que poder, para poder con más potencia».

Bibliografía

- Alliez, E. y Lazzarato, M. (2021). *Guerras y capital. Una contrahistoria*. Tinta limón.
- Baudrillard, J. (1990). Videósfera y Sujeto Fractal. En Abruzzese, A. (ed.). *Videoculturas de fin de siglo*. Cátedra
- Baudrillard, J. (2001). El éxtasis de la comunicación. En *El otro por sí mismo*. Anagrama
- Berardi, F. (2003). *La fábrica de la infelicidad*. Traficantes de sueños.
- Berardi, F. (2007). *Generación Post-Alfa: patologías e imaginarios en el semiocapitalismo*. Tinta Limón.
- Berardi, F. (2019). *Futurabilidad. La era de la impotencia y el horizonte de la posibilidad*. Caja Negra.
- Binkley, S. (2014). *Happiness as Enterprise. An Essay on Neoliberal Life*. SUNY Press
- Brown, W. (2021). *En las ruinas del neoliberalismo*. Traficantes de sueños.

25 El ensayista e investigador peruano Julio Hevia cuenta con una obra compuesta por diversas publicaciones que han de estar entre las más originales realizadas en el Perú, en cuanto a las articulaciones que toman mucho de la lógica del aparato Guattari-Deleuze (véase principalmente: Hevia, 2000 y 2002).

- Cabanas, E. y Illouz, E. (2019). *Happycracia. Cómo la ciencia y la industria de la felicidad centraliza nuestras vidas*. Paidós
- Deleuze, G. (2005). *Derrames. Entre el capitalismo y la esquizofrenia*. Cactus.
- Deleuze, G. (2006). *Conversaciones* (4ª Ed.). Pre-Textos.
- Deleuze, G. (2008). Cuatro propuestas sobre el psicoanálisis. En *Dos regímenes de locos: (textos y entrevistas, 1975-1995)*. Pre-Textos.
- Deleuze, G. (2017). *Derrames II. Aparatos de Estado y axiomática capitalista*. Cactus.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2010). *Mil Mesetas* (9ª Ed.). Pre-Textos.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2013a). *El Anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia* (5ª Reimpresión). Paidós.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2013b). *¿Qué es la Filosofía?* (10ª Ed.). Anagrama.
- Durand, C. (2021). *Tecnofeudalismo. Crítica de la economía digital*. Editorial Kaxilda.
- Fisher, M. (2016). *Realismo capitalista ¿no hay alternativa?* Caja Negra.
- Forti, S. (2021). *Extrema derecha 2.0*. Siglo XXI.
- Foucault, M. (1994). Una introducción a la vida no fascista. Prefacio a la versión inglesa de *El Anti-edipo. Archipiélago: Cuadernos de crítica de la cultura*, 17, 88-91
- Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2012). *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones* (3ª Ed.). Alianza editorial.
- Fujita Hirose, J. (2021). ¿Cómo imponer un límite absoluto al capitalismo? Tinta limón.
- Fundación de los comunes. (2020). *Familia, raza y nación en tiempos de posfacismo*. Traficante de sueños.
- Gago, V. (2015). *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*. Traficantes de sueños.
- Guattari, F. (1976). *Psicoanálisis y transversalidad. Crítica psicoanalítica de las instituciones*. Siglo XXI
- Guattari, F. (1979). *L'inconscient machinique*. Editions Recherches
- Guattari, F. (1996). *Caosmosis*. Manantial
- Guattari, F. (2000a). *Cartografías esquizoanalíticas*. Manantial
- Guattari, F. (2000b). *Las tres ecologías*. Pre-Textos.
- Guattari, F. (2009). *Les Années d'hiver 1980-1985*. Les Prairies Ordinaires.
- Guattari, F. (2013). *Líneas de fuga: por otro mundo de posibles*. Cactus.
- Guattari, F. (2015). *¿Qué es la ecosofía?* Cactus.
- Guattari, F. (2017). *La revolución molecular*. Errata naturae.
- Guattari, F. (2019). *Escritos para El Anti-Edipo*. Cactus.
- Guattari, F. y Rolnik, S. (2006). *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Traficantes de sueños.

- Hevia, J. (2000). Las (s)obras de arte de la posmodernidad. *Lienzo*, (21), 185-230.
- Hevia, J. (2002). *Lenguas y devenires en pugna*. Universidad de Lima
- Laval, Ch. y Dardot, P. (2013). *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neo-liberal*. Gedisa
- Lazzarato, M. (2013). *La fábrica del hombre endeudado*. Amorrortu.
- Lazzarato, M. (2015). *Gobernar a través de la deuda*. Amorrortu.
- Lazzarato, M. (2020a). *El capital odia a todo el mundo. Fascismo o revolución*. Eterna cadencia.
- Lazzarato, M. (2020b). *Signos y maquinas. El capitalismo y la producción de subjetividad*. Enclave de libros.
- Morozov, E. (2018). *Capitalismo Big Tech*. Enclave de libros.
- Murillo, M. V. (2021). Protestas, descontento y democracia en América Latina. *Nueva Sociedad*, (294), 4-13. www.nuso.org/articulo/protestas-descontento-y-democracia-en-america-latina/
- Pacheco Benites, A. (2018). *Mutaciones de nuestro Régimen informacional*. UCAL.
- Purser, R. (2019). *McMindfulness. How Mindfulness Became The New Capitalist Spirituality*. Repeater.
- Rolnik, S. (2019). *Esferas de la insurrección*. Tinta limón.
- Solano Gallego, E. (2019). *El odio como política. Reinención de las derechas en Brasil*. Katakak.
- Srnicek, N. (2018). *Capitalismo de plataformas*. Caja negra.
- Traverso, E. (2018). *Las nuevas caras de la derecha*. Siglo XXI.
- Virilio, P. (1999a). *El ciber mundo, la política de lo peor* (2da Edición). Cátedra.
- Virilio, P. (1999b). *La bomba informática*. Cátedra.
- Zuboff, S. (2020). *La era del capitalismo de la vigilancia*. Paidós.